

RUY BLAS (*aturdido, en voz baja á D. Salustio*).—¿Y qué más ordenáis, señor?

D. SALUSTIO (*mostrándole á la Reina, que cruza lentamente por la galería*).—Que hagáis lo posible por agradar á esa mujer y ser su amante.



## ACTO II

### LA REINA DE ESPAÑA

Salón contiguo á la cámara de la reina; á la izquierda una puertecilla de comunicación, y á la derecha otra que conduce á las habitaciones exteriores. En el fondo grandes ventanas abiertas. Es la tarde de un hermoso día de verano. Mesa grande, sillones; la imagen de una Santa, con un rico marco,

adornan una de las paredes: es «Santa María Esclava». En el lado opuesto una imagen de la Virgen, iluminada por la luz de una lámpara de oro; más allá un retrato de cuerpo entero del rey Carlos II.

Al levantarse el telón, la reina doña María de Neuburgo está sentada en un extremo junto á una de sus damas, joven y hermosa. La reina viste de blanco, con falda de tejido de plata. Está bordando y se interrumpe á intervalos para hablar. En el lado opuesto, sentada en un sillón, doña Juana de la Cueva, duquesa de Alburquerque, camarista mayor, con su labor en la mano; es una anciana vestida de negro. Cerca de ella, varias dueñas, sentadas á una mesa, trabajan también. En el fondo está D. Guritán, conde de Oñate, mayordomo, alto, enjuto, con bigote gris; es hombre de unos cincuenta años y tiene aspecto de militar veterano, aunque viste con exagerada elegancia y lleva cintas hasta en los zapatos.

#### ESCENA I

LA REINA, LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE, D. GURITAN,  
CASILDA, dueña.

LA REINA.—¡Por fin ha marchado! Debería estar tranquila y no lo estoy, porque ese marqués de Finlas me preocupa; estoy segura que me odia.

CASILDA.—¿No se le ha desterrado según vuestro deseo?

LA REINA.—Ese hombre me aborrece.

CASILDA.—Vuestra Majestad...

LA REINA.—Te aseguro, Casilda, que ese marqués es para mí como el ángel malo. La vispera del día en que debía marchar, se presentó como de costumbre durante el besamanos. Todos los nobles se adelantaban en fila hacia el trono para cumplir con la etiqueta; mientras que yo, triste y tranquila, miraba vagamente la pared que en el salón oscuro representa una gran batalla. De repente, al fijar mi vista en la mesa, divisé á ese hombre temible, que se adelantaba hacia mí, y

desde aquel momento, sólo él me llamó la atención. Adelantábase lentamente, con la mano apoyada en la daga, de la cual veía á intervalos la brillante hoja; estaba grave, y su mirada de fuego me imponía; se inclinó y sentí sobre mi mano su boca de serpiente.

CASILDA.—Cumplía con su deber de caballero.

LA REINA.—Sus labios no eran como los demás. No he vuelto á verle, pero desde ese día pienso en él á menudo, aunque otras cosas me preocupan. Parece que el infierno está en el alma de ese hombre, ante el cual no soy más que una mujer, y no una reina. En mis sueños encuentro en mi camino á ese demonio, que me besa la mano; y veo brillar el odio en sus miradas, que como un veneno mortal hielan la sangre en mis venas, haciéndome estremecer. ¿Qué dices á esto?

CASILDA.—¡Puras visiones, señora!

LA REINA.—A decir verdad, otros cuidados tengo más serios. (*Aparte*). ¡Oh! lo que más me atormenta debo ocultar. (*A Casilda*). Dime ¿qué hay de esos mendigos, que no osaban acercarse?...

CASILDA (*dirigiéndose á la ventana*).—Aún están ahí, señora.

LA REINA.—Toma, échales mi bolsa...

(*Casilda toma la bolsa y arrójala por la ventana*).

CASILDA.—¡Oh! señora, vos que hacéis tantas limosnas con tal bondad, ¿no haréis ninguna al conde de Oñate, aunque sólo sea diciéndole una palabra? (*Mostrando á la Reina á D. Guritán, que de pie y silencioso en el fondo de la cámara, fija en aquella miradas de muda adoración*). Es un pobre viejo enamorado, que tiene la piel tan dura como tierno el corazón.

LA REINA.—Ese hombre me molesta.

CASILDA.—Convengo en ello; pero decidle algo.

LA REINA (*Volviéndose á D. Guritán*).—Buenos días, conde.

(*D. Guritán se aproxima, haciendo tres reverencias, y sus-*

*pirando besa la mano de la Reina, que se muestra indiferente y distraída. Después vuelve á su sitio).*

D. GURITAN (*retirándose, en voz baja á Casilda*).—La Reina está encantadora hoy.

CASILDA (*mirándole cuando se aleja*).—¡Pobre ganso! Permanece inmóvil junto al agua que le tienta, y si después de esperar todo un día se le dirige una palabra, con frecuencia una frase indiferente, retirase contento y satisfecho.

LA REINA (*con triste sonrisa*).—¡Cállate!

CASILDA.—Para ser feliz le basta veros; para él es toda una dicha ver á la Reina. (*Extasiándose al divisar una caja colocada sobre un velador*).—¡Oh! ¡qué caja tan preciosa!

LA REINA.—Aquí tienes la llave.

CASILDA.—Esta madera de sándalo es exquisita.

LA REINA (*presentándole la llave*).—Abrela y mira. Son reliquias que me propongo enviar á mi padre, porque sé que le agradarán mucho. (*Queda meditabunda un momento, y después interrumpe vivamente sus impresiones. Aparte*). Quisiera desechar de mi mente lo que pienso. (*A Casilda*). Vé á buscar un libro en mi cámara... ¡Estoy loca! no hay uno solo alemán; todos son españoles. Y el rey, de caza, siempre ausente. ¡Ah! ¡qué aburrimiento! En seis meses he pasado sólo doce días junto á él.

CASILDA.—¡Casarse con un rey para vivir así!  
(*La Reina se entrega otra vez á su meditación, arrancándose al fin de ella como por un esfuerzo.*)

LA REINA.—¡Quiero salir!  
*Al oír estas palabras, pronunciadas imperiosamente, la duquesa de Alburquerque, que hasta entonces ha permanecido inmóvil en su sillón, levanta la cabeza, se pone después en pie y hace una profunda cortesia á la Reina.*

LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE (*con voz breve y dura*).—Para que la Reina salga es preciso, según el ceremo-

nial, que un grande de España, aquel á quien se concede este derecho, abra todas las puertas; y ahora no hay tal vez ninguno en el alcázar.

LA REINA.—¡Pero esto es encerrarme! ¿Quieren matarme, Duquesa?

LA DUQUESA (*haciendo otra reverencia*).—Soy camarista mayor, y cumplo con mi deber.

(*Vuelve á sentarse.*)

LA REINA (*ocultando la cabeza entre sus manos, con desesperación. Aparte*).—¿Será preciso volver á mis meditaciones? ¡No! (*En voz alta*). ¡Pronto, traed aquí las cartas para jugar al sacanete, y vengan todas mis damas!

LA DUQUESA (*á las dueñas*).—No os mováis, señoras. (*Levantándose y saludando de nuevo á la Reina*). Según antiguo uso, Vuestra Majestad no puede jugar sino con reyes, ó deudos del soberano.

LA REINA (*con enojo*).—¡Pues bien, haced que vengan!

CASILDA (*aparte, mirando á la Duquesa*).—¡Ah! ¡dueña gruñona!

LA DUQUESA (*persignándose*).—Dios no se los ha concedido, señora, al soberano que gobierna. La reina madre ha muerto, y ahora está solo.

LA REINA.—¡Pues que me sirvan una colación!

CASILDA.—¡Qué divertido es esto!

LA REINA.—Casilda, te invito.

CASILDA (*aparte, mirando á la camarista*).—¡Oh, respetable abuela!

LA DUQUESA (*haciendo una reverencia*).—Cuando el rey no está aquí, la reina come sola.

(*Vuelve á sentarse.*)

LA REINA (*exasperada*).—¡Dios mío! ¿Qué podré hacer que permitido sea? Ni salir, ni jugar, ni comer cuando se me antoja. Desde hace un año que soy reina, me estoy muriendo.

CASILDA (*aparte, mirándola con aire compasivo*).—¡Pobre mujer, condenada á pasar todos sus días presa del tedio, en esta corte insípida, sin más distracción que la de contemplar el agua estancada en un pantano, (*Mirando á D. Guritán, siempre inmóvil y de pie en el fondo de la cámara.*) y á un viejo enamorado, que sueña despierto!

LA REINA (*á Casilda*).—¿Qué hacer? Veamos, busca una idea.

CASILDA.—En ausencia del rey, vos sois quien gobierna: procurad distraeros, llamando á los ministros.

LA REINA (*encogiéndose de hombros*).—¡Vaya un recreo! ¡Ver ocho hombros de semblante siniestro, que me hablen de Francia y de su rey caduco, de Roma y del retrato del archiduque, á quien pasean por Burgos bajo un dosel de paño de oro, conducido por cuatro alcaldes! Busca otra cosa.

CASILDA.—Pues bien, si lo permitis, haré que suba algún joven escudero.

LA REINA.—¡Casilda!

CASILDA.—Quisiera ver algún joven, señora, porque esta corte venerable me aburre y me contrista. Creo que la vejez llega por los ojos, y que se envejece más pronto cuando siempre se ven ancianos.

LA REINA.—¡Ríete, loca! No tarda en llegar el día en que el corazón se entristece, y se pierde el sueño y la alegría. (*Pensativa.*) Mi felicidad está en ese rincón del parque, donde tengo derecho á ir sola.

CASILDA.—Pues no os envidio esa dicha. ¡Vaya un sitio! paredes más altas que los árboles, y una trampa detrás de cada uno de éstos!

LA REINA.—¡Oh! quisiera salir algunas veces.

CASILDA (*en voz baja*).—¡Salir! Pues bien, señora, escuchadme; hablemos bajo. Por austera y oscura que sea una prisión, siempre hay medio de buscar y encontrar en la sombra una llave. ¡Yo la tengo! Cuando

queráis, saldremos de palacio por la noche, á pesar de los malos, y recorreremos la ciudad. Podemos ir...

LA REINA.—¡Cielos, jamás, cállate!

CASILDA.—Es muy fácil.

LA REINA.—¡Nunca! (*Aléjase un poco de Casilda y vuelve á caer en su meditación.*) ¡Oh! ¿por qué no estaré aún en mi buena Alemania con mis padres y mi hermano? Felices allí, corrimos libres por los campos, y hablabamos sencillamente á los campesinos cuando iban cargados con sus gavillas. ¡Esto era delicioso! Pero ¡ay de mí! cierto día acercóse á mí un hombre vestido de negro y me dijo: «Señora, vais á ser reina de España.» Mi padre estaba muy contento; mi madre lloraba; y hoy lloran los dos. En secreto quiero enviarles esta caja, pues sé que mi padre quedará contento. ¡Ah! todo me desespera aquí. Hasta mis pobres aves de Alemania han muerto. (*Casilda hace el ademán de torcer el cuello de un ave, mirando de reojo á la camarista.*) También me prohíben ver flores de mi país y jamás vibra en mi oído una palabra de amor. Hoy soy reina; en otro tiempo era libre. Bien dices, que ese parque es muy triste por la noche, y las paredes tan altas que impiden ver. ¡Oh qué aburrimento! (*Se oye fuera un canto lejano.*) ¿Qué rumor es ese?

CASILDA.—Son las lavanderas que cantan á lo lejos. (*Las voces se acercan, y óyense las palabras. La Reina presta atención.*)

No escuches, niña, en el bosque,  
el canto del ruiseñor,  
que si dulces son sus trinos,  
aún es más dulce tu voz.

No envidies de las estrellas  
el luminoso fulgor,  
que son tus ojos luceros  
que deslumbran como el sol.

Ni tampoco de las flores  
envidies el arrebol,  
porque la flor más hermosa  
en tu corazón se abrió.

Lasavecillas, los astros,  
y la perfumada flor,  
son emblemas, niña hermosa,  
de eso que llaman amor.

(*Las voces se alejan.*)

LA REINA (*pensativa*).—¡El amor! Sí, ellas son felices; su canto me alivia y me enoja á la vez.

LA DUQUESA (*á las dueñas*).—¡Haced que se alejen esas mujeres, que importunan á la Reina!

LA REINA (*vivamente*).—¡Cómo! si apenas se las oye! Dejadlas pasar en paz, señora. (*A Casilda, mostrándole una ventana en el fondo.*) Por ahí no es el bosque tan espeso, y esa ventana da al campo; ven, vamos á verlas. (*Se dirige hacia la ventana con Casilda.*)

LA DUQUESA (*levantándose y haciendo una reverencia*).—La Reina de España no debe asomarse á la ventana.

LA REINA (*deteniéndose y retrocediendo*).—¡Vamos, el hermoso sol poniente que ilumina los valles, las frescas brisas de la tarde, las lejanas canciones que todos oyen, no existen para mí! Retirada estoy del mundo; ni aun puedo ver la naturaleza de Dios, ni la libertad de que los otros disfrutan.

LA DUQUESA (*haciendo una señal á las dueñas para que salgan*).—Salid, señoras, hoy es día de rezo. (*Casilda da algunos pasos hacia la puerta; la Reina la detiene.*)

LA REINA.—¿Me abandonas?

CASILDA (*mostrando á la Duquesa*).—La señora ordena que salgamos.

LA DUQUESA (*saludando á la Reina profundamente*).—Es preciso dejar á la Reina sola para que se entregue á sus devotas prácticas.

## ESCENA II

LA REINA, sola

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡A mis prácticas devotas! Di más bien á mis reflexiones. ¿Cómo huir de ellas, estando sola? ¡Todos me han dejado, pobre espíritu sin luz, en un camino oscuro! (*Meditando*) ¡Ah! esa mano sangrienta impresa en la pared! Sin duda estará herido, pero suya es la culpa. ¿Por qué empeñarse en franquear ese muro tan alto, sólo para traerme las flores que aquí me rehusan? ¡Aventurarse así por tan poca cosa! Tal vez se haya herido con las puntas de hierro, porque de ellas pendía un pedazo de encaje. Una gota de esa sangre vertida vale tanto como todas mis lágrimas. (*Abismándose más en su meditación.*) Cada vez que á ese banco voy á buscar las flores, prometo á Dios no volver nunca más, y sin embargo, siempre vuelvo. Pero ¿y él? Tres días hace que no he vuelto á verle. ¡Herido! Quien quiera que seas, joven generoso, tú que al verme sola, lejos de los que me aman, sin pedir ni esperar nada vienes á mí arrojando los peligros; tú que viertes tu sangre y te arriesgas diariamente para dar una flor á la Reina; quien quiera que seas, amigo cuya sombra me acompaña, desde el fondo del alma te bendigo, y bendígate también tu madre! (*Llevándose vivamente la mano al corazón.*) ¡Oh! su carta me quema. (*Recayendo en sus reflexiones.*) ¡Y el otro, el implacable don Salustio! Un ángel y un espectro me siguen, y sin verlos, siéntolos á los dos agitarse en mis ensueños. Un hombre que me odia junto á otro que me ama me conducirán tal vez á algún supremo instante. ¿Me libraré el uno del otro? No lo sé. ¡Ay! el destino flota para mí con dos

vientos opuestos. ¡Qué débil es una reina, y qué poca cosa significa! Oremos. (*Se arrodilla ante la imagen de la Virgen.*) ¡Amparadme, señora, pues no me atrevo a elevar la mirada hasta vos! (*Se interrumpe.*) ¡Oh Dios mío! el encaje, la carta, la flor; todo es fuego. (*Saca del seno una carta arrugada, un ramo pequeño de florecitas azules y un pedazo de encaje teñido en sangre; arroja estos objetos sobre la mesa y se arrodilla de nuevo.*) ¡Virgen santa, esperanza de los mártires, auxiliadme en este trance! (*Interrumpiéndose.*) ¡Esa carta!... (*Se vuelve hacia la mesa.*) Me atrae... (*Arrodillándose de nuevo.*) ¡No quiero leerla! Oh virgen de dulzura, arrodillada a tus plantas imploro tu protección! (*Se levanta, da algunos pasos hacia la mesa, detiénese, y al fin precipitase sobre la carta, como cediendo a una irresistible atracción.*) Sí, quiero volver a leerla por última vez; después la rasgaré. (*Con triste sonrisa.*) ¡Ay de mí! Un mes hace que digo siempre lo mismo. (*Desdobra la carta resueltamente y lee.*) «Señora, a vuestros pies, en la sombra, hay un hombre que os ama, perdido en la noche que le oculta; que sufre, vil gusano enamorado de una estrella; que por vos diera su alma, y que muere aquí bajo mientras brilláis en las alturas.» (*Deja la carta sobre la mesa.*) Cuando el alma está sedienta, ha de beber, aunque sea veneno. (*Vuelve a guardar en su seno la carta y el encaje.*) Nadie me ama en la tierra; pero a alguno debo amar. ¡Oh! si el rey hubiese querido, a él hubiera amado; pero me deja así, completamente sola, sin amor...

(*Abrese la puerta grande y entra un hujier de gala.*)

EL HUJIER (*en alta voz.*)—¡Carta del rey!

LA REINA (*vuelve en sí como sobresaltada, dejando escapar un grito de alegría.*)—¡Del rey; me he salvado!

### ESCENA III

LA REINA, LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE, CASILDA, D. GURITÁN, damas de la Reina, pajes, RUY BLAS

(*Todos entran gravemente, la Duquesa primero, seguida de las damas. Ruy Blas, magníficamente vestido, permanece en el fondo del teatro; su ferreruelo oculta el brazo izquierdo. Dos pajes llevan en un cojín de paño de oro la carta del rey, y arrodillanse ante la Reina, á pocos pasos de distancia.*)

RUY BLAS (*en el fondo del teatro, aparte.*)—¿Dónde estoy? ¡Qué hermosa es! ¿Por qué estaré aquí?

LA REINA (*aparte.*)—¡Es un socorro del cielo!... (*En voz alta.*) ¡Dad pronto!... (*Volviéndose hacia el retrato del rey.*) ¡Gracias, señor! (*A la Duquesa.*) ¿De dónde viene esa carta?

LA DUQUESA.—Señora, del Pardo, donde el rey caza.

LA REINA.—En el fondo de mi alma le doy gracias. Ha comprendido que en mi aislamiento necesitaba una palabra de amor que de él viniese. Dadme la carta...

LA DUQUESA (*haciendo una reverencia, enseña la carta.*)—Preciso es haceros presente que, según costumbre, yo soy quien debe abrir la carta primero y leerla.

LA REINA.—¿También eso? ¡Pues bien, leed!

(*La Duquesa toma la carta y la desdobra lentamente.*)

CASILDA (*aparte.*)—Veamos ese billete amoroso.

LA DUQUESA (*leyendo.*)—«Señora, aunque hace mucho viento, he matado seis lobos.—Firmado, CARLOS.»

LA REINA (*aparte.*)—¡Ay de mí!

D. GURITÁN (*á la Duquesa.*)—¿Es eso todo?

LA DUQUESA.—Sí, señor conde.

CASILDA (*aparte*).—¡Ha matado seis lobos! ¡Vaya un consuelo para la que está aburrída, triste y melancólica! ¡Ha matado seis lobos! ¡Buena noticia!

LA DUQUESA (*á la Reina, mostrándole la carta*).—Si Su Majestad quiere...

LA REINA (*rechazándola*).—No.

CASILDA (*á la Duquesa*).—¿Es eso todo?

LA DUQUESA.—Sin duda. ¿Qué más ha de decir? El rey caza, y en el camino escribe dando cuenta de lo que hace y del estado del tiempo. Me parece muy en razón. (*Examinando de nuevo la carta*).—No escribe... dicta.

LA REINA (*tomando la carta y examinándola á su vez*).—En efecto, no es su letra; no ha hecho más que firmar. (*Examina el escrito con más atención y parece admirada*). ¿Será ilusión? Es la misma letra que la de la otra. (*Señala con la mano la carta que acaba de ocultar en su seno*). ¡Esto es extraño! (*A la Duquesa*). ¿Dónde está el portador del mensaje?

LA DUQUESA (*mostrando á Ruy Blas*).—Ahí está.

LA REINA.—¿Es ese joven?

LA DUQUESA.—Sí, señora. La ha traído en persona. Es un nuevo escudero que Su Majestad ha designado para vuestro servicio, un hidalgo que el marqués de Santa Cruz me recomienda de parte del rey.

LA REINA.—¿Cómo se llama?

LA DUQUESA.—Es don César de Bazán, conde de Garofa, y según dicen, el más cumplido caballero.

LA REINA.—Bien; quiero hablarle. (*A Ruy Blas*). Caballero...

RUY BLAS (*aparte y estremeciéndose*).—¡Dios mío, me mira, me habla... yo tiemblo!

LA DUQUESA (*á Ruy Blas*).—Acercaos, conde.

D. GURITAN (*mirando á Ruy Blas de reojo, aparte*).—Ese joven escudero no me place.

(*Ruy Blas, pálido y turbado, se acerca lentamente*).



CASILDA (*aparte*).—Veamos ese billete amoroso.

LA REINA (á Ruy Blas).—¿ Venís del Pardo ?

RUY BLAS (inclinándose).—Sí, señora.

LA REINA.—¿ Sigue bien el rey ? (Ruy Blas se inclina.—Mostrando la carta real.) ¿ Ha dictado esto para mí ?

RUY BLAS.—Estaba á caballo cuando dictó la carta... (Vacila un momento.) á uno de los presentes.

LA REINA (aparte, observando á Ruy Blas).—Su mirada me fascina. No me atrevo á preguntarle á quién. (En alta voz.) Está bien; podéis retiraros. ¡ Ah ! (Ruy Blas, que habia dado algunos pasos para salir, vuelve hacia la Reina.) ¿ Había allí muchos caballeros reunidos ? (Aparte.) ¿ Porqué me impresiona ese joven ? (Ruy Blas se inclina; la Reina añade): ¿ Quiénes eran ?

RUY BLAS.—No conozco sus nombres, pues sólo estuve allí breves instantes. Hace tres días que salí de Madrid.

LA REINA (aparte).—¡ Tres días !

(Mira con turbación á Ruy Blas.)

RUY BLAS (aparte).—¡ Es la mujer de otro ! ¡ Oh suerte cruel ! ¡ Y de quién ! En mi corazón se abre un abismo.

D. GURITAN (acercándose á Ruy Blas).—Sois gentil-hombre de la Reina, y ya sabréis cuáles son vuestros deberes. Es preciso que esta noche permanezcais en la cámara inmediata á fin de abrir al soberano si tuviese á bien visitar á la Reina.

RUY BLAS (estremeciéndose: aparte).—¡ Abrir yo al rey !... (En voz alta.) El rey está ausente...

D. GURITAN.—El rey puede venir de pronto.

RUY BLAS (aparte).—¡ Cómo !

D. GURITAN (aparte, observando á Ruy Blas).—¿ Qué tiene ?

LA REINA (que lo ha oído todo, y cuya mirada está fija en Ruy Blas).—¡ Cómo palidece !

(Ruy Blas vacila y se apoya en el respaldo de un sillón.)

CASILDA (á la Reina).—¡ Señora, ese joven está indis-puesto !...



RUY BLAS (*sosteniéndose con trabajo*).—No, no es nada... el aire y el sol... la fatiga del camino... (*Aparte.*) ¡Abrir al rey!

(*Cae desfallecido sobre un sillón; el ferreruelo se entrea-bre y deja ver la mano izquierda envuelta en un vendaje ensangrentado.*)

CASILDA.—¡Gran Dios, señora, tiene la mano herida!  
LA REINA.—¡Herida!

CASILDA.—¡Y pierde el conocimiento! ¡Pronto, hagá-mosle respirar alguna esencia!

LA REINA (*buscando en su seno*).—Un frasco tengo aquí con un licor... (*En el mismo instante su mirada se fija en el encaje de las mangas de Ruy Blas.—Aparte.*) ¡Es el mismo encaje!

(*En el momento de sacar el frasco del seno, y en su turbación, coge al mismo tiempo el pedazo de encaje que allí oculta. Ruy Blas, que no separa de ella la vista, ve salir el objeto del seno de la Reina.*)

RUY BLAS (*fuera de sí*).—¡Oh!

(*Las miradas de la Reina y de Ruy Blas se encuentran: sigue una pausa.*)

LA REINA (*aparte*).—¡Él es!

RUY BLAS (*aparte*).—¡Sobre su corazón!...

LA REINA (*aparte*).—¡Sí, es el mismo!

RUY BLAS (*aparte*).—¡Dios mío, permitid que muera en este instante!

(*En el desorden de todas las damas, que se oprimen en derredor de Ruy Blas, nadie observa lo que pasa entre la Reina y él.*)

CASILDA (*haciendo respirar el frasco á Ruy Blas*).—¿Cómo os habéis herido? Sin duda durante el camino. ¿Por qué os encargasteis de traer el mensaje del rey?

LA REINA (*á Casilda*).—¿Acabarás con tus preguntas?

LA DUQUESA (*á Casilda*).—¿Qué le importa eso á la Reina, hija mía?

LA REINA.—Puesto que él la escribió, bien podía traerla.

CASILDA.—Pero no ha dicho que él escribiese la carta.

LA REINA (*aparte*).—¡Oh! (*A Casilda*). ¡Cállate!

CASILDA (*á Ruy Blas*).—¿Estáis ya mejor?

RUY BLAS.—¡Renazco!

LA REINA (*á sus damas*).—Ya es hora de retiraros, señoras. (*A los pajes*). Que se dé alojamiento al conde. Ya sabéis que el rey no vendrá esta noche, pues pasará toda la estación cazando. (*Se retira con su servidumbre.*)

CASILDA (*mirándola salir*).—La Reina tiene algún pensamiento fijo.

(*Sale por la misma puerta que la Reina, llevándose la cajita de reliquias.*)

RUY BLAS (*solo. Parece escuchar aún algún tiempo con profunda alegría las últimas palabras de la Reina, como presa de un sueño. El pedazo de encaje que la Reina ha dejado caer, en su turbación, está sobre la alfombra; lo recoge, mirale con amor y lo cubre de besos, levantando después los ojos al cielo.*)—¡Oh Dios mío, gracias! Yo me vuelvo loco. (*Mirando el pedazo de encaje.*) ¡Lo tenía junto al corazón!

(*Lo oculta en el pecho. Entra el conde de Oñate, volviendo de la puerta de la cámara á donde ha seguido á la Reina; adelántase lentamente hacia Ruy Blas; llegado cerca de él, sin decir palabra, desenvaina á medias el acero, y por su mirada parece medirle con el de Ruy Blas. No son iguales, y vuelve á envainar. Ruy Blas le mira con asombro.*)

#### ESCENA IV

RUY BLAS, EL CONDE DE OÑATE

EL CONDE (*envainando su espada*).—Llevaré dos de igual longitud.